

LA RECONQUISTA DEL VALOR DE LA INTELIGENCIA,
FUNDAMENTO DE LA RESTAURACION DEL ORDEN
HUMANO Y DE LA CULTURA

1.-La apertura al ser trascendente e inmanente por la inteligencia espiritual

Lo que distingue al hombre de los demás seres materiales y lo coloca fuera y Por encima de todos ellos, es su espíritu. Únicamente él no sólo es, sino que tiene conciencia de ser, sabe que es, y además sabe que las cosas son y que son distintas de él. Bajo la visión de su inteligencia el ser del mundo y el ser propio comienzan como a ser de nuevo en este recinto privilegiado y lúcido del espíritu, que es la inteligencia. Más de veinte siglos antes que Heidegger dijera que el hombre es el "ser aquí", el ente singular, en que "el ser se de-vela" o se hace presente, el "pastor" o "casa" del ser, Aristóteles había afirmado, con más precisión aún, que el entendimiento, exento de toda materia por su espiritualidad, es el "lugar de las formas" o esencias, el único lugar en que el ser se puede quitar el velo, con que se da en los demás entes, se puede manifestar o hacer presente.

El entendimiento humano es capaz de aprehender inmaterial o conscientemente el ser en su gama infinita, y de ser iluminado y actualizado con su inteligibilidad o verdad. De este modo, el hombre se constituye en persona o totalidad finita, dueño de sí mismo Por la conciencia y dueño a la vez del ser o verdad trascendente del mundo y de Dios por el conocimiento inmaterial.

2.-El autodomínio de la actividad libre por la voluntad espiritual

Colocada así la persona en la cima inmaterial del espíritu, en que el ser se de-vela y se hace presente en su verdad, ella se constituye a la vez y por la misma razón, en posesión de su actividad de amar y actuar sobre el ser, en cuanto éste es acto o bien con que logra su propia perfección. Del mismo modo que la inteligencia queda necesariamente especificada por su objeto formal, que es el ser en cuanto verdad, también la voluntad resulta especificada por ese mismo ser en cuanto bien. Y precisamente porque todos los entes finitos participan del ser -y de la verdad y bien con él identificados- la inteligencia es capaz de conocerlos y la voluntad es capaz de amarlos y transformarlos.

Pero mientras la inteligencia frente al ser, evidentemente presentado en su verdad, no puede no verlo o dejar de aprehenderlo, la voluntad frente a los entes o bienes finitos, puede quererlos, porque participan del ser o bien, pero puede también no quererlos o preferir otro bien, porque ninguno de ellos es el bien, ninguno de ellos realiza la plenitud de la bondad y, por ende, tampoco adecuan su capacidad infinita de bien: es libre. La libertad o autodomínio surge en la voluntad a causa de su objeto formal: el bien en si,, que engendra en ella una capacidad activa de infinito bien, que ningún bien finito puede llenar. Únicamente el Bien infinito de Dios, inmediata y perfectamente aprehendido en su realidad propia infinita, puede actualizar esa capacidad y, por eso, ante una aprehensión de esa naturaleza -como es la visión

de Dios en el cielo- la voluntad pierde su libertad: no puede dejar de amar y gozarse en ese Bien, que es, por eso mismo, su felicidad. Pero como al Bien infinito de Dios en la vida temporal lo conocemos de un modo imperfecto o finito, también ante él la voluntad es libre y puede postponerlo por un bien finito, en lo cual consiste precisamente el pecado.

La libertad para querer los distintos bienes, es una perfección del ser espiritual de la persona. Pero la libertad del ser espiritual o persona finita, implica, junto con esa perfección, el defecto de poder claudicar de su verdadero y auténtico bien, que la perfecciona como a persona humana. El poder pecar es una deficiencia de la libertad.

3.-La visión de la verdad y la inclinación habitual de la voluntad al bien, fundamento del perfeccionamiento humano

De ahí que para el perfeccionamiento humano y, lo que es más todavía, para que tal perfeccionamiento llegue a su término, hasta la posesión plena y definitiva del Fin supremo del hombre que es el Bien infinito de Dios -único que con su Verdad, Bondad y Belleza, puede realizar plenamente o actualizar la actividad espiritual específica y, con ella el ser mismo de la persona humana-, reviste una importancia decisiva: 1) la visión intelectual del ser o verdad tal cual es, sin error, a fin de poder de-velar desde él sus exigencias ontológicas, que trazan el camino del deber-ser, que el hombre debe recorrer, realizar, para convertirlo en ser o bien en acto y perfeccionar y actualizar con él su propia vida y ser humanos; y 2) la creación de los hábitos buenos en la voluntad, para inclinarla de un modo permanente a encauzar sus actos libres por la senda ardua del deber-ser, de la que son formulación intelectual las normas morales, de-veladas por el entendimiento en la luz de la verdad del ser.

Todo el sendero del bien o perfección del hombre -de las cosas en función de éste- depende esencialmente, pues: 1) de una visión de la verdad del ser, ajustada a su manifestación o evidencia objetiva -de las cosas del mundo, del propio ser y de Dios- y de sus exigencias jerárquicamente dadas; y 2) de una inclinación permanente de la voluntad a acatar tales exigencias y emprender su realización, que actualiza su propio ser o bien y el bien de las cosas relacionadas con el bien humano, frente a las solicitudes de otros bienes de inclinaciones o apetitos inferiores, que atentan e impiden la realización de la inclinación espiritual a su bien propio, o sea, del hombre en cuanto hombre o persona, y que únicamente se obtiene por la orientación firme de su conducta hasta aquellos bienes, cuya posesión conduce a la conquista del Bien trascendente e infinito de Dios, en la cual el hombre logra su Fin trascendente supremo y, con él, la plenitud humana de su vida y de su ser y, con ella, su felicidad.

4.-El desorden moral, individual y social, fundado en el desorden intelectual

La crisis actual de los valores humanos en toda su compleja amplitud -y también de los valores cristianos, que se fundan y suponen aquellos- reside inmediatamente en la pérdida de las virtudes morales, en el debilitamiento de la voluntad libre para orientarse hacia el bien específicamente humano, hacia el bien moral, frente a la atracción de los bienes de las pasiones, acrecentada fuertemente Por los medios masivos de comunicación, bienes que se presentan como fin supremo o felicidad del hombre: los goces de la carne, la posesión de las riquezas,, la exaltación propia y el afán de dominio por la abundancia de medios económicos y políticos. Este asedio de la libertad para apartarla de su auténtico fin o bien humano ha

existido siempre, porque el hombre lleva en si mismo las pasiones que tienden a arrastrarla a sus propios bienes con detrimento de su propio bien. Lo que en este aspecto ha variado es la magnitud de la subyugante atracción que ejercen los bienes sensibles y mundanos sobre la voluntad, mediante la perfección técnica alcanzada por los medios de comunicación -el cine, la radio, la t.v., la prensa ilustrada, etc.- que los presentan con un esplendor y fuerza de tentación, como nunca habían logrado hasta ahora, a veces superiores a la misma realidad.

Sin embargo, lo que caracteriza a la crítica actual del hombre y de su vida individual y social, es que ella ha llegado mucho más hondo, ha llegado a envenenar las fuentes mismas del perfeccionamiento o cultura humana, la vida de la inteligencia, mediante su desarticulación de su objeto, el ser tran-subjetivo. Sin la luz de la verdad, la verdad o inteligibilidad del ser, la inteligencia queda sumida en la oscuridad de una inmanencia finita, estéril y contradictoria.

La inteligencia es encerrada así en un fenomenismo subjetivista, relativista y agnóstico. Lo único a su alcance son los fenómenos de las cosas, tal como se presentan en su apariencia subjetiva de aquí y ahora, sin poder alcanzar ya más el ser trascendente en sí mismo -ni siquiera bajo alguno de sus aspectos- ni saber, por ende, qué son realmente las cosas, el hombre y Dios, ni si realmente existen. Un relativismo agnóstico sumerge al hombre en un caos sin sentido.

Desarticulada la inteligencia del ser o verdad trascendente de las cosas, clausa en su inmanencia subjetiva e histórica, la verdad absoluta -aun bajo alguna de sus facetas- resulta imposible.

Despejada la inteligencia de la verdad del ser, el hombre queda privado de la luz que guíe su conducta. Con el ser desaparece, a fortiori, el deber-ser o exigencia de bien. Sólo queda un mundo caótico de fenómenos y tendencias, sin posibilidad de ver su armonización jerárquica, y mucho menos de poder realizarla, porque con la desaparición del ser., la inteligencia ha perdido la luz que la guíe y la voluntad su objeto para poder actuar, que es el bien.

La actividad humana pierde así su sentido moral, de ordenamiento en busca de su perfección o plenitud, porque ha desaparecido en la inteligencia el fin o meta que la ilumina y confiere orientación y sentido a dicha ordenación; y, consiguientemente, la voluntad queda imposibilitada para orientar su actividad libre a dicho fin.

Y como el orden social se establece como una exigencia moral de cada uno de los miembros que componen la comunidad, diluida la norma y la actividad moral, también el orden social, establecido como exigencia u obligación desde el interior de las conciencias, carece de fundamento y resulta imposible.

Desaparecida la verdad absoluta proveniente del ser trascendente, cualquier orden moral impuesto desde la conciencia a cada persona se diluye y, con él, todo orden social, carece de fundamento y resulta imposible.

El extravío de la inteligencia, cuando está privada de la luz inteligible del ser o verdad trascendente conduce inexorablemente al desorden humano personal y comunitario: a la depravación sexual, a las drogas, a la ambición de riqueza y de poder, sin escrúpulos de medios, al sometimiento de los más débiles a los más fuertes, a la violencia y a la subversión y

al totalitarismo *sin vallas morales, que sojuzga enteramente a la persona humana como una cosa, privándola de sus derechos y envileciéndole con toda clase de atropellos.*

5.-Conclusión: La reconquista del valor de la inteligencia para reconstruir el orden humano

Frente a esta situación actual, agnóstica y relativista y, por eso, amoral, que tiende a agravarse y profundizarse cada vez más en el mundo y a deteriorar los bienes de la civilización y de la cultura, acumulados durante siglos, se impone un esfuerzo denodado y heroico de parte de todos los hombres, que aspiran a vivir con dignidad su vida humana -y más todavía, si se trata de su vida cristiana-, para reconquistar: 1) el valor de la inteligencia a fin de alcanzar el ser o verdad trascendentes; para luego en la luz de esa verdad, 2) determinar con firmeza la trayectoria de la perfección humana, personal y social, y crear las virtudes morales capaces de encauzar de un -Modo permanente y decidido por ese sendero la actividad libre y, bajo ella, toda la conducta y vida humanas.

Pero nosotros sabemos por la Fe cristiana que el orden intelectual y moral -individual y social-, no será reconquistado sino bajo la luz de la Verdad revelada y bajo la acción vivificante de la gracia divina, las cuales, al dar a conocer al hombre un nuevo mundo e infundir en él una nueva vida divina, infinitamente superior a la espiritual natural, al constituir al hombre en hijo de Dios, en Cristo, lo restituye a su auténtica vida humana, lo capacita a reconquistar su verdad y su vida de persona. Porque sólo bajo la Verdad revelada y la gracia de Cristo, el hombre es curado de sus heridas, causadas por el pecado original, en la inteligencia y en su voluntad -oscurecida aquélla y debilitada ésta- y es capaz de rehacer su verdadera vida humana -personal y social- y restablecer y revitalizar con ella la cultura o el humanismo.